

# 1

**E**n realidad, la mala de esta historia soy yo. Soy a quien deberíais estar persiguiendo con antorchas y picas porque, hola, ¿qué tal?, soy una bruja malvada. De hecho, este es mi anuncio profesional en la *desyncNet*<sup>™</sup>:

## **Nitocret, maldiciones por encargo.**

Pero ¿no están trasnochados estos conceptos de «mala» y «buena»?; diréis. ¿Y el de «bruja»? ¿No nos volvimos buenas personas cuando nuestro mundo hizo «puf», las ciudades se quedaron casi vacías, miles de millones murieron entre monstruos, tentáculos y tenebrosos cataclismos, y el resto pudimos vivir felices al fin?

Tal vez.

Pero si os dijera que he matado a personas queridas cuando me he enfadado demasiado y que ha sido tan solo porque no he sido capaz de controlarme, quizá lo del bien y el mal sí empezaría a tener sentido. Tal vez por eso voy de superficial y tenebrosa y todo eso. Porque me resulta más fácil. Porque me ayuda a mantener la distancia conmigo misma. Y porque, después de todo lo espantoso que ha ocurrido estas últimas semanas, me ayuda a dormir.

Han sido muchas cosas.

Comenzó la noche de mi cumpleaños, cuando recibí dos mensajes *desync* en mi reloj. El primero me lo envié yo misma cuatro años antes, en 2034, para que me llegase hoy:

\_\_desyncNet\_\_ recibido \_\_  
\_\_de Nitocret: 20/02/2034 20:15\_\_  
\_\_a Nitocret: 20/02/2038 20:15\_\_  
Más vale que no te fies de nadie.

¿Qué es un *desync*? Es un mensaje desincronizado que escribes para que lo reciba quien tú quieras cuando tú quieras, sea dentro de días, meses o años. Puede contener una reflexión filosófica o frase lapidaria para que te crean una gran pensadora, un fragmento de tu diario enviado a alguien desconocido para que años después lo lea y convertirlo en un *syncsucker* enganchado al culebrón de tu vida o un mensaje a esa persona que te gusta para que lo reciba mucho después de conocerla (y quizá tengas suerte y planifiquéis una cita, aunque siempre siguiendo las correctas normas sociales).

Todos los usamos hoy día. Así pues, recibid la más elegante y ordenada bienvenida a la *desyncNet*, nuestra red social *offline*.

Mi padre está en lo cierto; la red nos genera adicción, y si no recibimos nuestro *desync* diario no sabemos qué hacer. Pero, la verdad, si no los tuviésemos nos moriríamos de aburrimiento. Hablando claro: no hay nada que hacer en esta ciudad. Ni en este mundo. Está todo vacío, no hay vida fuera de las casas (ni dentro), no hay televisión (ni la hemos conocido), no existe ese *YouTube* del que mi padre me habla a veces (ni esa Internet), casi nadie sale a la calle (y, de hecho, pocas personas vivimos en esta ciudad) y nadie hace nada (ni lo necesitamos). Nos levantamos al anochecer, esperamos el *desync* que alguien nos mandó a saber cuándo, nos vamos a nuestra discoteca y nos entretenemos hasta la noche siguiente.

Por eso tenemos un lema por encima de todos los demás: «No *desync*, no vida» (también™). Hay mucha gente que se lo tatúa. No es mi caso. Yo elijo cosas más acordes con mi esencia

de bruja tenebrosa. En concreto, tengo tatuados el cuervo y el gato de Edgar Allan Poe, cada uno en un costado, mirándose como si se retaran. Pero claro, a mí me gustan las cosas antiguas. Supongo que es herencia de mi padre y de lo que me ha quedado de mi madre.

El caso es que, como decía, el mensaje que recibí esa noche, «Más vale que no te fies de nadie», me pareció muy apropiado. Me lo había enviado yo misma tras pelearme con mi amiga Alle a los catorce años. Alle y yo éramos falsas mellizas; habíamos nacido a la vez, aunque de distintas madres y padres, y eso es algo que une. Misma carta astrológica, siempre unidas y siempre picadas, y cada una con nuestros arranques raros de personalidad. Era imposible que no nos quisiéramos. Sin embargo, a los catorce Alle se había acostado con mi novio, y digamos que eso me había generado un odio que nunca he olvidado. Ahora, cuatro años después, me parecía que bastante educada era yo al aceptar que quedásemos para vernos una vez al año. Previa cita por *desync*, claro, como dictan las normas.

Volviendo al mensaje, lo curioso era que llegaba justo la noche de nuestra cita anual. Las coincidencias dan un poquito de miedo, pero así es la *desyncNet*. En cualquier caso, no era más relevante que cualquier otro mensaje en cualquier otro día. Todo debería haber quedado ahí. Sin embargo, me llegó otro *desync* cinco minutos después. Cuando desenrollé la pantalla del reloj para leerlo, me quedé pálida:

\_\_\_desyncNet\_\_\_recibido\_\_\_  
 \_\_\_de Ermige: 20/02/2020 20:20\_\_\_  
 \_\_\_a Nitocret: 20/02/2038 20:20\_\_\_  
 Las personas malvadas deben morir.

Eso no debería haber ocurrido. Se supone que los *desyncs* amenazadores no existen.

No.

En absoluto.

Cero.

Vivimos en un mundo seguro en el que la red censura todo lo malo. Puede que no suene muy libre, pero es práctico. Y, sin embargo, ahí estaba ese mensaje. Cuando lo leí, alejé el reloj como si de él fuera a salir un tentáculo de los de las deidades tenebrosas de más allá del espacio que dicen que un día se terminarán de cargar lo que queda de la Tierra. Reconozco que no supe qué hacer, y eso que se suponía que debería. Al fin y al cabo, para eso mi maestra Erictho me había adiestrado en las artes más oscuras y etcétera de la brujería. Recordé lo que siempre me decía: «Somos gente mala. Nunca tenemos miedo. Somos quienes provocamos temor en los demás».

Qué bien. Pues ojalá fuese cierto. Lo único que se me ocurría era tirar el reloj al sofá de mi padre como si fuese una bomba y salir corriendo para que se ocupara él.

Entonces empecé a ponerme nerviosa y, al hacerlo, me asusté. Eso era horriblemente malo porque, si había una cosa cierta, era que yo no debía perder el control. Jamás. Por un momento noté un leve temblor en las paredes y el suelo y me aterroricé.

Pero no.

No podía pasar.

No, por favor, no, y menos aún en casa. Con gente. Gente querida. Con mi padre.

Pensar en eso me asustó aún más, así que hice un esfuerzo enorme y respiré hondo una vez. Luego dos. Luego tres. Y así hasta cien. Entonces abrí los ojos, aliviada y un poco más calmada. No mucho, pero lo suficiente. Recuperando un poco la confianza en mí misma, me esforcé por ser una bruja profesional y, milímetro a milímetro, estiré el cuello y me obligué a mirar mi reloj. Me fijé en la fecha de envío: 20/02/2020 20:20. Mi maestra habría usado la numerología para sacar alguna conclusión, habría dicho que todo eran doses y ceros, que el dos

hacía referencia a un momento clave en esa fecha, dos personas, dos lugares, dos patitos, yo qué sé. Pero ¿para qué? La explicación era fácil: el *desync* había sido enviado el día y la hora en que yo había nacido.

Tuve un escalofrío.

No sabía que quedasen psicópatas en el mundo.